

LA DAMA EN EL GUARDAROPA.

Comedia en un acto, en verso, por D. G. H. y R., *para representarse en Madrid, en el teatro del Instituto, el año de* 1848.

PERSONAS.

LISA.	D. EDUARDO.
LBERTINA.	EL BARON DE VERDEMAR.
. CARLOS.	ISABEL.

a escena es en Madrid, en casa del Baron.

la con dos puertas laterales, una que comunica con emas piezas de la casa, y otra con un cuarto sin sa- en el fondo un guarda-ropa que oculta una puerta sitable; una maleta con ropa, abierta y puesta sobre silla; mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS *y* EDUARDO *que entra.*

Querido Carlos!
Eduardo! (*se abrazan.*)
Cuanto tiempo hacia yá
que no te veia.
Es cierto;
no te puedes figurar
o que anhelaba este abrazo
ni inalterable amistad.
Lo creo; nacidos ambos
en Sevilla, y ademas
ompañeros de colegio,
l tiempo llegó á formar
n cariño entre nosotros
uramente fraternal.
lucho sentí el apartarme
e tu lado, para entrar
n posesion del destino
ue tube necesidad
e procurarme en Madrid,
ero tú no ignoras cuan
iste era la posicion
e mi familia.
Es verdad.
' què te trae á la corte?
ienes á solicitar
gun empleo en Madrid?

CAR. Nada de eso; ya sabrás
que hace seis meses escasos
falleció mi tio
EDU. Cuál?
El que estaba en Veracruz?
CAR. Ese mismo.
EDU. Lo sé yá.
CAR. Careciendo de herederos
forzosos á quien dejar
sus incalculables bienes,
como era muy natural
testó en favor de su hermano
el Baron de Verdemar
dejándome varias fincas
y algun efectivo, mas
en esta parte las cláusulas
del testamento no están
del todo claras. Mi tio
el Baron, que, por su mal,
sabe muy bien que los pleitos
solo sirven para dár
disgustos al litigante,
y pesetas al curial,
me escribió viniese á verme
con él, á fin de zanjar
sin meternos en litigios,
cualquiera dificultad
que hubiese. Yo, que hace tiempo
deseaba visitar
la corte, no solamente
para ver la infinidad
de bellezas que posee,
sino tambien para dár
un abrazo á mis parientes,
y otro á ti, seguí con tal
esactitud su dictámen,
que al punto, sin vacilar,
me embarqué en la diligencia
y ya me tienes acá,
lleno de polvo, y molido
del traqueteo infernal

13

del coche, que me ha dejado
sin un hueso en su lugar.
Edu. Cuanto me alegro!
Car. Mil gracias!
Es mucha tu caridad!
Edu. Hombre, si es de tu llegada
de lo que me alegro!
Car. Ya!
Di, visitas á mi tio?
Edu. Si no le he visto jamás!
Llamé, pregunté por ti,
y me mandaron pasar.
Car. Héme aqui, querido amigo,
lleno de impaciente afan
por conocer á mi prima;
dicen que es una beldad
de primer orden; muy pronto,
segun me dijo el papá
cuando salió esta mañana,
la voy á ver. Llegué tan
temprano, que estoy cansado
de esperar... Nunca será (*suspirando.*)
mi prima como otra joven
que vi en Sevilla, hace mas
de dos años.
Edu. Ola, ola!
Me atreveria á jurar
que vienes enamorado;
á un lado la cortedad
y cuéntame tus amores
Car. Poco tienen que contar,
aunque no dejan de ser
estraordinarios.
Edu. Qué tal!
Novela tenemos; habla.
Car. Fui una noche á pasear
y vi una joven bellisima,
seductora, angelical;
seguila con mucho empeño,
y consegui averiguar
que vivia alli inmediato;
pero fué inutil mi afan
largo tiempo; al fin llegó
la velada de San Juan,
y la hallé en ella. No puedo
darte una idea cabal
de mi alegria en aquel
instante.
Edu. Que palpitar
de corazon!
Car. No hagas burla
de aquella felicidad
tan inefable, tan santa!..
Edu. Hombre, no; soy incapaz...
Car. Hubo baile en la alameda,
y aunque con dificultad,
logré bailar con mi amada.
Edu. Que no fue poco lograr.
Y despues?
Car. La hice un bosquejo
del amososo bolcan
que en mi corazon ardia.
Todo sin esagerar,
porque la amaba, la amaba
con una pasion voraz!
Oyendome estubo atenta;
mas, cuando crei escuchar
un dulce si de su boca,
me dijo que estaba ya
comprometida su mano,
que no podia esquivar
aquel formal compromiso,
que estimaba mucho tal
predileccion de mi parte,
eccetera. Mas con tan
triste acento se espresaba,
que aun el menos perspicaz
hubiese notado que era
contrario á su voluntad
aquel fatal compromiso.
No bien acabó de hablar
de esta manera, se fue
presurosa á una señal
de la que le acompañaba,
que era Señora de edad
algo avanzada. Ni aun tube
tiempo para contestar
á su saludo.
Edu. Que diablo
de accidente! El carcamal
de la vieja bien podia
haberos dejado en paz.
Car. Considera, amigo mio,
como me debi quedar
en vista del resultado
desesperado y fatal
del asunto. Aun no paró
alli mi infelicidad...
Edu. Qué sucedió?
Car. Desde entonces
no he vuelto á verla, por mas
esfuerzos que he hecho al efecto.
A fuerza de preguntar
en todas partes por ella,
supe que era natural
de Madrid, que residia
en Cádiz hacia yá
medio año, y que con motivo
de dirigirse á arreglar
cierto negocio en Sevilla,
el argos, que por mi mal,
estaba en su compañia,
la llevó con ella allá,
sin duda con el objeto
de que viese la ciudad.
Marché á Cádiz al instante,
mas no pude averiguar
el paradero de Clara,
y desde entonces acá
soy el mas desventurado
que se pudiera encontrar!
Edu. En efecto, todo eso
es bastante original;
mas no pierdas la esperanza
de encontrar á tu deidad.
Car. Ah! no lo espero.
Edu. Mal hecho,
pues no debes ignorar
que en donde menos se piensa
salta la liebre.
Car. Es verdad;
pero...
Edu. No hay pero que valga;
mira, debemos bajar
todas las tardes al prado,
y alli tal vez la hallarás.
Si como dices es cierto
que es madrideña, quizá

se volveria á la corte
desde Sevilla; ademas,
facil te será olvidarla
si te llegas á prendar
de alguna paisana suya.

CAR. Prendarme de otra! Oh jamás
podré.

EDU. Quien sabe; de menos
nos hizo Dios. Voy á dár
con tu permiso una vuelta
por casa; sali con tal
precipitacion apenas
supe que estabas acá,
que no dije una palabra
á mi esposa, y debe estár
volada por mi tardanza.
A Dios Carlos.

CAR. Volverás
pronto?

EDU. Si, volveré dentro
de media hora á mas tardar.

ESCENA II.

CARLOS, *solo.*

Ah Clara!.. ni un solo instante
se aparta de mi memoria
tu imágen, única gloria
de mi corazon amante;
sin Clara viviendo muero,
mi dicha es verla y amarla,
si es preciso para hablarla
recorreré el mundo entero;
y si consigo saber
qué compromiso la liga
á otro hombre, tal vez consiga
su compromiso romper.
Lo que es ella debe estar
aun en Cádiz, mas no importa,
que á su familia á la corta
ó á la larga aqui he de hallar.
Es verdad que iguoro el nombre
las señas de esa familia,
pero cuando amor le ausilia
vence imposibles el hombre.
Ah! amor es cara fruta!..
Si al llegar á los estremos
de la jornada, saldremos
conque es mi dama una astuta
aventurera?. Qué horror!
Clarita una aventurera!
Sospechar de esa manera
de las imágen del candor!!
Perdona mi atrevimiento,
bella entre las bellas, ah!
perdona que nadie está
libre de un mal pensamiento!
Dos horas hace que aqui
me dejaron... por lo visto
han olvidado que existo.
Mas hete al baron alli.

ESCENA III.

CARLOS, *el* BARON.

BAR. Me has de dispensar, sobrino,
que te haya dejado solo
tanto tiempo.

CAR. Está usted ya
dispensado.

BAR. Los negocios
me abruman.

CAR. Querido tio,
incurre usted en mi enojo,
si no abandona al tratarme
cumplimientos enfadosos.
Cuide usted de sus asuntos,
sin que áello sirva de estorbo
mi venida; entre parientes
la franqueza antes que todo;
nada de etiqueta, nada...
casualmente hace muy pocos
momentos ha estado á verme
un joven muy á propósito
para reemplazar a usted
en el cargo, algo penoso,
de dirijirme en el dédalo
de Madrid, que desconozco.
Es un tal Eduardo Arjona,
con quien en tiempos mas prósperos
conjugé verbos latinos,
y jugé al chito y al trompo.

BAR. Me alegro; en su compañia
estáras mas á tu antojo,
pues... los viejos con los viejos
y los mozos con los mozos.
Como una prueba inequivoca
de la franqueza con que obro,
te dejo en este momento
y á mis asuntos me torno.

CAR. Bien, tio, lo que usted quiera;
volverá Eduardo muy pronto,
y pasaremos el rato
charlando como dos loros.
A mas, si solo me dejan
solito me las compongo.

BAR. Has almorzado?

CAR. Hace mucho.
(Como que es hora ya de otro
piscolavis.)

BAR. Ya veremos
de arreglar nuestros negocios
mas tarde.

CAR. Tiempo nos queda
para ello, pues me propongo
pasar aqui algunos meses.

BAR. Eso me llena de gozo.
A Dios... Ah se me olvidaba:
Elisita está hoy un poco
indispuesta; esa es la causa
de que, contra su propósito,
aun no se haya levantado,
mas debe hacerlo muy pronto.
Tiene deseos de verte.

CAR. Tambien yo estoy deseoso
de ponerme á sus pies.

BAR. Vaya,
con tu permiso... el coloquio
me agrada, mas los asuntos
me acusan de perezoso.

ESCENA IV.

Los mismos y EDUARDO.

EDU. Pase usted...

BAR. Sirvase usted...

EDU. No insisto, gracias...

Bar. Supongo que este caballero es
tu paisano, el que hace poco
vino á verte?
Edu. Servidor
de usted.
Bar. Puede usted del modo
que mas le plazca, mandarme;
y disponer á su antojo
de esta casa.
Edu. Mil gracias.
Bar. Soy con ustedes muy pronto.

ESCENA V.

Carlos, Eduardo.

Edu. Me parece tu tio
bastante original.
Car. Seguramente;
mas tiene, amigo mio,
buen fondo y un caracter escelente.
Edu. Lo creo. Antes de nada
vas á venir conmigo, pues mi esposa,
que sabe tu llegada,
está de conocerte deseosa.
Car. No tengo inconveniente,
mas déjame mudar.
Edu. De cualquier modo
estas perfectamente;
vivo un paso de aqui.
Car. Pero con todo.
Ya lo ves, estoy lleno
de polvo de los pies á la cabeza.
Edu. Eso no importa... bueno...
asi nos probarás que con franqueza
nos tratas.
Car. No lo dudo,
y os probaré tambien que muy curioso
no soy, si no me mudo;
deja que me cepille, y presuroso
me ponga una levita. (*lo hace.*)
Edu. Despacha.
Car. En dos momentos estoy listo.
Edu. Di? Viste á la primita?
Car. Como está algo indispuesta, no la he visto.
Edu. Qué tiene?
Car. Poca cosa.
No sé porque he llegado á figurarme
que es algo melindrosa;
creo tardarán poco en anunciarme
su audiencia deseada.
No conocerla tú... tú, su vecino!
Edu. Yo no lo estraño nada,
que eso en Madrid sucede de contino;
si deseas curarte
de ese tenaz esplin que es tu tormento,
hombre, debes casarte
con tu prima.
Car. Tengo hecho juramento
de no partir mi tálamo con prima.
Edu. La prima, estame atento,
es muger, y esto basta; se la estima:
esa es cuestion resuelta.
Car. Ya estoy corriente.
Edu. Vamos.
Car. Al instante,
que debo estar de vuelta
antes de que mi prima se levante.

ESCENA VI.

Elisa, Albertina.

Eli. Es él, Albertina, es él.
(*mirando por donde se fué Carlos.*)
Es mi primo. No cabe
duda, el joven que en Sevilla
tan rendido y tan galante
me declaró que me amaba.
Alb. Jesus que casualidades
se ven en el mundo! Mira
no te equivoques!
Eli. No es facil
equivocar el objeto
que recordamos amantes.
Alb. Conque le quieres aun?
Eli. Oh si! Albertina; su imágen
esta grabada en mi pecho
desde el venturoso instante
en que le vi. Como habia
prometido ya mi padre
mi mano á mi anciano tio,
crei debia apartarme
de cualquiera compromiso
que su gusto contrariase;
pero despues que murió
mi tio, cuantos pesares
he tenido ya de haber
sido tan inexorable
con aquel joven.
Alb. Y cómo
cuando á Sevilla pasaste
no visitaste á tu primo?
Eli. No es facil ahora esplicarte
la causa; una amiga mia,
señora muy respetable,
necesitando pasar
á Sevilla, me hizo tales
instancias para que fuese
con ella, que hube de darle
gusto, y á fin de evitar
que papá se incomodase
sabiendo que sin permiso
suyo, salia de Cádiz,
hice mi viage de incógnito,
tomando, para ocultarme
mejor, el nombre de Clara.
Alb. Tienes motivos bastantes
para creer que te ama
tu primo?
Eli. Oh! si; es indudable
su amor; si le hubieras visto
cuando me habló! Aquellas frases
ardientes é interrumpidas
por la conmocion mas grande
revelaban un amor
que no podia ocultarme.
Mira, quiero sorprenderle.
Alb. Veamos como lo haces.
Eli. Coloco aqui mi retrato, (*lo hace.*)
y desde ese escaparate
fingido, observo el efecto
que en Carlos obra mi imágen.
Luego es preciso que tú
te presentes transformándote
en mi, en la hija del Baron.
Alb. Y con qué objeto?
Eli. Mas tarde
lo sabrás.

Alb. Pero entre tanto
como podré gobernarme?

Eli. Muy facilmente; sostienes
del modo que mas te agrade
cualquiera conversacion
con Carlos.

Alb. Y si tu padre
sabe ese enredo..?

Eli. No importa,
de todo salgo garante;
haz bien el papel de Elisa,
y por nada ni por nadie
te inquietes.

Alb. Si ese es tu gusto
lo haré por no disgustarte.

Eli. Alguien se acerca. Es mi primo,
vamos al escaparate.

ESCENA VII.

Carlos, *solo*.

Que gente tan estimable
la de casa de mi amigo!
Cuantos obsequios y cuantas
ofertas! Ya que hay avios,
(*se acerca á la mesa.*)
escribiré cuatro letras,
dando á mi familia aviso
de mi llegada, entre tanto
que viene Eduardo; Dios mio!
(*sorprendido en estremo.*)
soy el juguete de un sueño
ó es realidad lo que miro?
Clara! El retrato de Clara!!.
(*examinando el retrato.*)
No cabe duda..! Bendito,
bendito mil veces sea
el pincel que los hechizos
del angel á quien adoro
trasladar aqui ha sabido!
Es ella, es ella..! que hermosa..!
Mas por qué raro prodigio
se encuentra aqui su retrato?
Reflexionar es preciso;
habitará en esta casa
Clarita?.. Que desvario!
Será mi prima el objeto
de mis amantes suspiros?
No puede ser... Mas quién sabe?..
Oh! voy á perder el juicio
si no consigo al momento
salir de este laberinto.
Llamemos. (*lo hace.*) El corazon
me anuncia que han concluido
la tristeza y los afanes
conque hace algun tiempo lidio.

ESCENA VIII.

Carlos, Isabel.

[illegible] Dónde usted?

[illegible] Se ha levantado
mi primita?

[illegible] Ahora mismo.

[illegible] Estoy con muchos deseos
de verla, que aun no he tenido
ese gusto; hágame usted
el obsequio de decírselo.

Isa. Está bien, con mucho gusto. (*vase.*)

Car. Ay..! tengo el alma en un hilo,
y quiere romper el pecho
el corazon con sus brincos.

ESCENA IX.

Carlos, Albertina.

Car. (*desanimado.*) No es ella, no es ella!] Vamos
estoy por pegarme un tiro.)
Señorita, beso á usted
los... (No sé lo que me digo.)

Alb. Querido Carlos, aqui (*en tono franco.*)
me tiene usted ya. He sentido
no poder salir mas pronto
á conocer á mi primo.
Ya habrá dicho á usted papá
la causa que me ha impelido
levantarme mas temprano.

Car. En efecto, me lo ha dicho...
No ha hecho usted falta ninguna
(Ay! ya solté un barbarismo!)
Quiero decir que... se siente
usted mejor?

Alb. Un poquito.
Y usted qué tiene?

Car. Yo?.. nada...
(Creo que estoy paralitico.)

Alb. Trateme usted con franqueza

Car. Asi lo haré... soy... tan tímido..!

Alb. Pues sienta malditamente
la timidez entre primos.

Car. Como nuestras relaciones
comienzan ahora...

Alb. Es de fijo,
pero eso no importa: todas
las cosas quieren principio;
haga usted cuenta que se halla
entre su familia.

Car. Estimo
mucho la amabilidad
con que en casa de mi tio
se me trata: diga usted,
primita, tengo entendido
que habita aqui con ustedes
una joven...

Alb. No adivino
lo que haya podido dar
á esa noticia motivo,
pues no hay aqui mas mugeres
que las dos que usted ha visto.
(Todo vá á pedir de boca.)

Car. (Este es negocio perdido.)
Conoce usted á una joven
que estubo el pasado estío
en Sevilla, y que se llama
Clarita?

Alb. No.

Car. Pues me dijo,
la única vez que la vi,
en... en casa de un amigo,
que vivia en esta calle.

Alb. (Ya te entiendo, picarillo!)
Pues no conozco á ninguna
Clarita.

Car. (Pero Dios mio
quien trajo aqui ese retrato?)
Elisita... el vientecillo
que penetra en esta sala

debe serle á usted nocivo...
retírese usted si gusta...

ALB. Gracias, si, ya me retiro,
aunque el hablar con usted
me sirve de mucho alivo.
(*familiarmente.*)
Qué, no me dice usted nada
de su amor? Aqui ha corrido
por segura la noticia
de que usted, querido primo,
iba á casarse en Sevilla,
con una joven del mismo
nombre que yo, á quien amaba
con frenesí, con delirio.

CAR. Yo? No conozco en Sevilla
ninguna Elisa, es falsísimo.

ALB. Seria Clara sino
la que amaba usted; lo digo
porque hace poco al nombrarla
estaba usted conmovido.

CAR. No... me acordé por la calle...

ALB. (La quiere aun, está visto.)
Desde luego digo á usted
que le gustará poquísimo
la corte.

CAR. Por qué primita?

ALB. Porque hallándose su ídolo
en Sevilla, lejos de él
le servirá de fastidio
todo, y contra nuestro gusto
tomará pronto el camino
de su tierra.

CAR. No; que al lado
de mi primita y mi tio,
de menos nada echaré,
estoy de ello persuadido.
En cuanto á mi ídolo, ignoro
donde se halla á punto fijo;
es una especie de duende
que anda como un zarandillo
de aqui para allí.

ALB. Ja, ja,
que cosas tiene usted, primo!
Mas tarde continuaremos
la plática; me retiro, (*levantándose.*)
tengo que dar unos dias
y es tarde ya. Con permiso
de usted... primo...

CAR. Usted le tiene,
primita. (Por fin respiro!)

ESCENA X.

CARLOS, *solo.*

Pues no tiene mal palmito
la niña, mas si al de Clara
ese rostro se compara,
qué vale el de está? Maldito. (*saca el retrato.*)
Que haré con este diseño?
Le dejo alli, ó me le guardo?
Voy á entregárselе á Eduardo
para que busque su dueño.

ESCENA XI.

CARLOS, ISABEL.

ISA. Señor don Cárlos?

CAR. (Veré
si algo la doncella apunta.)

ISA. Un caballero pregunta
allá fuera por usted.

CAR. Eduardo acaso será.

ISA. Como aqui en este Madrid
se roba con tanto ardid,
no le he abierto.

CAR. Voy allá...

ESCENA XII.

ELISA, *sola.*

Vaya que es linda invencion
la de Cárlos, á fé mia;
ya publicarlo queria...
con la mas pura intencion.
Primo insigue, ten mas calma,
que de pronto tanta dicha
se convertiera en desdicha
siendo tan sensible tu alma,
y será injusto el rigor
empleado contra ti,
mas es un capricho... si...
perdónaselo á mi amor.
Para tu gloria obtener
tienes que sufrir un rato;
por de pronto, este retrato
ya no le vuelves á ver.
(*vase por el guardaropa con el retrato.*)

ESCENA XIII.

CARLOS, EDUARDO.

CAR. Esa torpe de criada
no te conocia ya?

EDU. Me vé por primera vez,
no lo debes estrañar.

CAR. Quién te abrió la puerta en antes?
Fué el asturiano quizás?

EDU. Justamente.

CAR. Siéntate,
que hay una gran novedad
que contarte. (*con alegria.*)

EDU. Ya te escucho.
Viste á la prima... eh? qué tal?
Es muy linda, y te prendó?
Lo adiviné; voto á sán,
no lo dige..?

CAR. No es la prima.

EDU. Pues quién es?

CAR. Quieres callar?
Es el asombro mas grande!
Que feliz casualidad!

EDU. Qué sucede?

CAR. Amigo mio,
sin que te pueda esplicar
el cómo de esta aventura,
lo cierto es que mi beldad
se me apareció en retrato.

EDU. En esta pieza?

CAR. Cabal;
aqui me encontré la copia
del divino original
por quien tanto ha que suspiro
sin que le pueda alcanzar.

EDU. Es estraño!

CAR. Ya lo creo;
ahora mismo lo verás;

verás, Eduardo, que hermosa,
que aire tan angelical,
que mirar tan espresivo,
tan dulce... Pero será (*buscando el retrato.*)
posible?.. No; esto sucede
por arte de barrabás.
Edu. Qué te pasa?
Car. Yo estoy loco..!
Edu. Si te entiendo... Por San Blás,
acabarás de esplicarte?..
Veamos esa deidad.
Car. Acaso puedo enseñártelo?
Edu. Pues cómo?.. qué...
Car. Voló yá!
Admírate, amigo mio;
ha seis minutos no mas
que le tube entre mis manos,
aqui mismo, si, formal;
salgo á ver quién me buscaba,
le pongo allí, bajo el frac,
vuelvo, y... ya desaparece!!..
Edu. Es lo mas particular.
Has mirado si en tu alcoba...
Car. Nadie se puede ocultar. (*entra en la alcoba.*)
Mira: la cama, dos sillas...
Esto es sobrenatural.
Edu. Que diablo!
Car. Tu no adivinas?...
Edu. Como es posible atinar!
Car. Pues señor, no cabe duda
que hay una trama infernal,
que se ha urdido en esta casa
contra mi tranquilidad.
Edu. Y hemos de desenredarla,
te lo prometo.
Car. Será
que habite aqui mismo Clara
y me oculten...
Edu. Necedad.
En fin, yo tengo un amigo
que hace seis años ó mas
que es visita del Baron,
y muy íntimos, el cual
voy á buscar al momento,
y sin darle á sospechar
el motivo que me lleva,
espero me aclarará
lo que es preciso sepamos,
para que cese tu afan.
Car. Es un obsequio, Eduardo,
que nunca podré pagar...
Edu. Que disparate; tambien
tengo interés sin igual
en poder coger el hilo
de esta intriga.
Car. Brevedad
y sigilo te encomiendo.
Edu. De eso no tienes que hablar.
Al instante vuelvo.
Car. A Dios.
Edu. Tu tio llega.
Car. Es verdad.

ESCENA XIV.

Dichos, y el Baron.

Car. Querido tio...
Bar. Señores
conque juntitos? Celebro
ver mi casa tan honrada.
Edu. Yo soy, Baron, el que tengo
el honor de...
Bar. Nada, nada,
no hay que andar con cumplimientos.
Ya sé, Cárlos, por mi hija,
que la has visto; y segun creo
la has agradado bastante;
vaya, no podia menos.
Car. Es favor que me dispensa
mi linda prima.
Bar. No siento
mas que la temprana muerte
de su tio; á no ser eso
no se veria mi Elisa
espuesta á algun contratiempo,
enamorándose incauta
del talle de algun tontuelo
barbilindo y calavera
que nos dé algun sentimiento.
Edu. Pero su niña de usted...
Bar. Es juiciosa, y me prometo,
que no se aparte jamás
de cuanto yo la aconsejo.
Pero hablando de su tio;
era otra cosa!.. Qué empeño
tenia por conocerla!
La adoraba!
Edu. Segun eso,
no la habia visto nunca?
Bar. No señor; si en este invierno
pensamos marchar á Cádiz,
y para mayo, ó mas presto,
pasar á la Nueva España
y celebrar su himeneo?
Car. Y qué edad tendria el tio?
Bar. Todavia no era viejo;
sesenta y seis á lo mas,
y tan robusto, tan tieso...
Car. (Pobre Elisa.)
Bar. Que desgracia!
Car. (Mas vale que se haya muerto!)
Bar. Conque olvidando estas cosas
que ya no tienen remedio,
y una vez que te acompaña
D. Eduardito, me atrevo
á suplicar me dispenses
que me retire allá dentro;
llegó el administrador
del cortijo del Cerezo
á presentarme las cuentas,
y quisiera...
Car. Usté es muy dueño.
Bar. Salgo para despacharle
y sin detencion me vuelvo...
Si necesitares algo
que te lo den al momento.
Car. Gracias, tio...
Bar. Hasta despues;
saludo á usted, caballero.

ESCENA XV.

Carlos *y* Eduardo.

Car. Es muy grande mi impaciencia,
y si quisieras...
Edu. (*toma el sombrero.*) Te entiendo.
Car. Si, Eduardo, loco estoy!

Edu. Tranquilízate. Qué es esto!. (*se oye un piano.*) no oyes?..
Car. Es un preludio...
Edu. Van á cantar....
Car. Escuchemos!..
(*Elisa canta dentro.*)
Si quieres hallar el ídolo
que adora tu corazon,
no busques, doncel, á Clara,
no busques á Clara, no:
llama á Elisa, y sus acentos
responderán á tu voz,
dando á tu pecho esperanza
si la esperanza perdió.
Car. Su voz!.. Es ella!..! Dios mio!
Edu. Esa Clara que...
Car. Ya puedo
decir que soy mas dichoso
de lo que esperaba!..
Edu. Pues te doy la enhorabuena,
bien sabe Dios que me alegro.
Car. Tú no sabes qué placer
esperimento en mi pecho.
Edu. No vayas á caer malo
de la alegria.
Car. Es que siento...
Vaya, no puedo esplicarme...
late el corazon... y tengo
una impaciencia tan grande
por verla. Oh! es un portento!
Clara mia! Voy... (*quiere irse.*)
Edu. A dónde?..(*le detiene.*)
Car. Dónde he de ir? Allá adentro
á verla.
Edu. Con mas cachaza,
(Este hombre ha perdido el seso!)
Pues me gusta; calma, calma,
el desenlace esperemos,
que debe estar ya muy próximo.
Car. Vuelve á cantar!!!
Edu. Si, silencio.
(*Canta.*) Cuando á la orilla del Betis
tus protestas desoyó,
cautiva su mano estaba
si libre su corazon.
Mas hoy te concede en premio
de tu constancia y tu amor,
su corazon y su mano
que la libertad cobró.
Car. Si, no hay duda, soy feliz!
Qué voz! qué gracia!
Edu. Celebro
tanta dicha, amigo Carlos.
Car. Se cumplieron mis deseos!

ESCENA XVI.

Dichos, el Baron.

Bar. Y qué les parece á ustedes
Elisita?
Edu. Voz muy bella!
En estremo me ha gustado
Bar. Mucho, mucho, eh? de veras?
Me alegro; oh! es primorosa,
no porque su padre sea ..
Car. Conque quien cantó fue Elisa?
Bar. Si señor.
Edu. (Quien esto entienda
digo que...)
Car. Mi prima Elisa?
Bar. Mi hija, tu prima. (Torpeza
como la de este sobrino,
no la he visto!) No te acuerdas
de haberla hablado ahora poco?
Car. Si señor...
Bar. Pues si te quedas
tan admirado y tan...
Car. Bueno.
(Pues señor, esto vá en regla;
tú lo entiendes? (*á Eduardo.*)
Edu. Ni por pienso. (*á Carlos.*)
Car. Señor. qué maraña en esta
Bar. Conque tan bien les parece?
Pues es preciso que sepan
que es de aficion cuanto hace.
Ya he dispuesto yo que aprenda
por principios, si señor.
Edu. Muy bien hecho.
Car. (*á Eduardo.*) (Anda, espera
á que por si se declare.
Estoy loco!)
Edu. Ten paciencia. (*á Carlos.*)
Bar. Cómo? qué?
Edu. Que es acertado
cuanto sobre Elisa piensa
usted, le decia á Carlos.
Bar. Yo lo creo! Si usted viera
que tan solo con oirla
saca una pieza cualquiera
al piano! Qué es eso, Carlos?
Te miro asi... con tristeza...
y pensativo... qué tienes?
Edu. Nada... sin duda se acuerda
de su provincia.
Bar. Eh!.. que diablo!
Es preciso te diviertas
en Madrid... y...
Edu. No hay cuidado,
eso corre de mi cuenta.
Bar. No te puedes figurar
cuanto siento que á la mesa,
como seria mi gusto,
acompañarte no pueda;
ya se vé, no me avisaste
venias en diligencia,
y hoy quedé con mis amigos,
y por cierto que me pasa,
en ir á comer á Europa;
mas á pesar de esta oferta
ya me dispuse á faltar;
pero en esto se presenta
uno de ellos... don Torcuato,
con su insufrible etiqueta,
y me dice que es preciso
que yo no falte á tal fiesta,
que me echarian de menos;
¡que tonteria! y me pesca,
y me obliga á que con él
me vaya sin mas espera.
Car. Es muy justo que usted cumpla
con sus amigos.
Bar. Tan pelma
es este tal don Torcuato...
Car. Vaya usted, no se detenga,
conmigo cumplido está.
Bar. He menester tu indulgencia.
Car. Qué!.. no señor... y ademas
que muchos dias nos restan

para que sin compromisos
como el de este dia, pueda
tener el placer que usted
coma en casa.

BAR. Es verdad, queda
mi palabra ya empeñada
para mientras permanezcas
en Madrid, de no faltar;
y Elisita que desea
hablar contigo despacio,
te acompañará á la mesa,
y usted ocupa mi puesto. (*á Eduardo.*)

EDU. Tantas gracias...

BAR. Con franqueza.

EDU. Se lo agradezco infinito;
pero en mi casa me esperan.

BAR. Se mandaria recado.

EDU. Hoy de ningnna manera
puedo complacer á usted.

BAR. Pues mañana.

EDU. Usted se empeña...

BAR. Si, mañana. A Dios, Señores;
luego que encuentre manera
de escaparme, estoy aqui.

CAR. A Dios, tio.

BAR. Hasta la vuelta.

ESCENA XVII.

CARLOS, EDUARDO, *y luego* ISABEL.

CAR. Que dices de lo que pasa?
Yo no sé que presumir...

EDU. Se me ocurre un pensamiento
para que averigues.....

CAR. Dí.

EDU. Mientras yo en mis relaciones,
que son muchas en Madrid,
y que conocen al tio
y á su familia, y en fin,
mientras que yo pongo en juego
cuanto pueda conducir
para que á tu dama duende,
que parece muy sutil,
la quitemos esa máscara
conque se quiere reir
á tu costa; me parece
que si la escribieras...

CAR. Chist!
No conoces que vivimos
donde las paredes...

EDU. Si.
Bien sé que cuanto digamos
lo escucharán por ahi,
pero no importa que oigan
lo que te voy á decir.
Debes poner una carta
rogando á tu serafin,
que cese en su juego cómico
para hacerte ya feliz,
si su gusto es el premiar
tu amoroso frenesi;
que si no te hará creer,
y ese pensar fuera vil,
que contigo se entretiene
cual si fueras maniqui.

CAR. Has hablado como un Séneca.
Bien, bien, la voy á escribir. (*va á la mesa.*)

EDU. Cuatro letras nada mas;
luego la pones aqui,
en donde estubo el retrato.

ISA. Que si puede usted venir.

CAR. Dónde, niña?

ISA. Al comedor.
Que le esperan...

CAR. Voy, si, si.

ISA. La señorita.

CAR. Al momento. (*escribiendo.*)

ISA. Está bien. (*vase.*)

EDU. Ya puedes ir.

CAR. Si, no vengan... y... concluyo. (*pausa.*)
Te parece bien asi? (*se levanta y se la da.*)

EDU. (*leyendo para si.*) Perfectamente; á comer.

CAR. Cuanto diera por salir
hoy mismo de tantas dudas!..

EDU. El duende del camarin,
mientras comes, se presenta;
él se quiere divertir,
mas todas las dichas juntas
las reserva para ti.

ESCENA XVIII.

CARLOS, *despues* ALBERTINA.

CAR. Si fuese cierto, Dios mio!
Si mi alma tal dicha alcanza!
Si se cumple mi esperanza!..
Pero es loco desvario...
Dejo aqui el papel ahora;
veremos que resultado...

ALB. Conque aqui tan descuidado
y yo esperando?

CAR. Señora!!
(Me sorprendió!) Prima amable,
una carta de interés
que ya concluia...

ALB. Pues
es crimen imperdonable.

CAR. Asi lo creo en conciencia.
Y bien, qué tendré que hacer
para...

ALB. Venir á comer.

CAR. No es mala la penitencia.

ESCENA XIX.

ELISA, *por el guardaropa.*

Se fueron; puedo salir...
Ay Carlos! que sobresaltos
te estoy haciendo pasar...
Te veo tan trastornado...
Ya se vé, si el infeliz,
lo que es hoy dia tan raro,
quedó tan solo con verme
de veras enamorado!
Y somos en general
las mugeres, al mirarnos
distinguidas por un hombre,
injustas á sus halagos!
Que hermoso es cuando nos ruegan
y nos llenan de agasajos,
y ponderan nuestras gracias
y alaban nuestros encantos,
mostrarnos indiferentes
á su amoroso entusiasmo,
y si doblan sus protestas,
si se deshacen jurando
su pasion y su constancia,
completo triunfo alcanzamos.
Oh si queremos de veras
y nuestro amante taimado
se distrae á pesar nuestro,

algo mas le contemplamos.
Pues no debe ser asi,
yo de todo me hago cargo;
es ya tan solo mi anhelo
decirle que le idolatro,
y... hasta pedirle perdon
que le di muy malos ratos;
luego mi papá vendrá,
que ignora cuanto yo hago,
y no sabe que Albertina
está mi puesto ocupando,
y entonce es indispensable
que estalle el compló empezado.
Es preciso concluir,
pero quisiera arreglarlo...
de un modo... cómico... y...
Aqui una carta! Es de Cárlos;
vá perdiendo la paciencia,
esto me gusta; veamos. (*lee.*)
«Hace tiempo, Señorita,
«que con mi amor, ciego, insano,
«por vuestra hermosura célica
«en pos de su luz me arrastro.
«Tan pronto os apareceis
«cual iris en mi naufragio,
«como augurio de desdichas,
«á mis ojos ocultandoos,
«que es como si el sol negase
«al universo sus rayos.
«Harto por vos ha sufrido
«quien por vos solo alentado
«espera en el porvenir,
«en el porvenir dorado!!!.:
«Cese ya mi incertidumbre
«y pronuncie vuestro labio
«una palabra de amor
«que es cuanto desea Carlos.»
Lo merece el pobrecillo;
es tan noble, tan buenazo!
Y se esplica con pasion...
Alguien viene, siento pasos,
es Isabel. (*escucha entornando la puerta.*)
Isa. (*dentro.*) Señorita,
soy yo, no tengais cuidado.

ESCENA XX.

Elisa, Isabel.

Eli. Como está mi caballero?
Isa. Allá en la mesa charlando
cuenta ahora á la Señorita
Albertina, muy despacio,
sus amores en Sevilla,
y el feliz é inesperado
momento de conoceros;
y con tan solo nombraros
se colora y palidece
y tiembla como azogado.
Eli. Vaya, no es poco sensible;
creeria... Se pondrá malo?...
Isa. Por lo menos la comida
no creo que le haga daño;
todo se le vá en hablar
mucho, y no prueba bocado.
Eli. Y Albertina no le dice...
Isa. Ella misma le hace plato,
pero nada; ahora se empeña
en que ella le está engañando,
y casi por Dios la ruega...
qué, dá lástima el mirarlo. (*se sonrie Elisa.*)
Se rie usted, Señorita?
Su corazon es de mármol;
si un chico asi me quisiera
como la ama á usted D. Carlos...
Eli. Qué harias?
Isa. No se que haria
si me hallase en este caso,
mas... no fuera tan ingrata.
Eli. Ola Isabel!
Isa. Pues es claro.
Eli. Ve al comedor no sospechen...
Isa. Todavia están despacio.
Eli. No obstante, vete, Isabel,
y no olvides mis encargos.
Isa. Puede usted estar segura,
Eli. Ya lo sé, mas sin embargo,
pudiera venir papá...
Isa. No pase usted sobresalto.

ESCENA XXI.

Elisa, *sola.*

(*se sienta á escribir, y por intérvalos dice.*)
Tu buscas á una dama,
á pesar de su ausencia y sus desvios
que tu pasion inflama;
pero ella tanto te ama
que hoy mismo ha de llamarte dueño mio.
Hoy, si, verás cumplida
esa esperanza que tus dias dora,
y que creias perdida,
porque á tu amor rendida
está la dama que tu pecho adora.
Eterno desconsuelo
mi obediencia filial me disponia,
mas sin pedirlo al cielo
me deparó el consuelo
con mi libre alvedrio que queria.
Lo escrito es ya bastante; (*levantándose.*)
la carta dejo con la llave al lado,
que ha de tomar mi amante
inquieto y anhelante
por saber de su suerte el resultado.
(*observa por la puerta y advirtiendo ruido se retira por el Guardaropa.*)

ESCENA XXII.

Carlos, *solo.*

Hemos comido en posta;
caramba en la primita!
ó hablando propiamente
mejor decir podria,
que á la mesa me he puesto
tan solo por política;
que desde que ese duende
mi corazon fascina,
ha muerto mi apetito
y mi razon vacila.
Voy á ver si la carta
que aqui he dejado escrita
existe...¡ó... que estoy viendo!
esto me espasmodiza?
No hay duda, me contesta (*tomando la carta.*)
mi dama peregrina;
quiero ver lo que dice
esta carta bendita; (*la abre.*)
mas es tanto mi gozo
que se turba mi vista,
y no distingo apenas...
á ver... oh cual se agita

mi corazon amante
cuando pienso en mi dicha!
Me siento mas sereno,
veamos la misiva. (*lee.*)
«Tiempo era que á mi amante
«le llegára su dia,
«en premio á su constancia
«por su dama perdida;
«mas esto es, si el secreto
«á nadie le confia.
«Al ser las cuatro en punto,
«con la llave que encima
«de la carta que lees
«hallarás, en seguida
«abres el guardaropa
«de tu cuarto. (Oh delicia)
«y verás, no te asombre,
«á tu querida Elisa.» (*coge la llave.*)
La aprension es estraña,
bien rara por mi vida,
mas esto, qué me importa
si voy á ver cumplidas
mis dulces esperanzas?
Qué placer, qué alegria!!.
Pero reflexionemos;
aqui se firma Elisa,
y que á Elisa buscase
en su cancion decia.
Y Elisa no es la que amo,
porque es Clara, y la misma
la *mismisima* Clara
que conocí en Sevilla
la que cantó hace poco, y. .
Jesus que tarabilla
de nombres, Dios eterno!
No es posible, á fe mia,
entender este enredo;
mas la hora se aproxima, (*guarda la carta.*)
voy á verla, y qué importa
sea Clara ó Elisa.

ESCENA XXIII.

CARLOS, EDUARDO.

. A quién? Qué es eso, Carlos?
Qué ha pasado?
. (Maldita
casualidad!)
. Qué dices?
Que iba á verte decia.
(Pues estamos medrados
ahora con la visita!)
Yo escuché cuando entraba...
Voy á verla, y creia
que habias encontrado
el hilo de la intriga.
Nada de eso.
Y la carta?
Se la han llevado, mira...
Y no te han contestado?
No, y tú, me traes noticias?
Vamos, hombre, sé franco
onmigo.
Hay tal mania!
uando digo...
Ya basta;
e un modo me lo afirmas..!
onque vamos, qué sabes?
Por todas mis pesquisas
positivamente
que solo tiene una hija
el dueño de esta casa,
como única familia;
á mas de los criados
que conoces, tu prima,
segun me han informado,
tiene una íntima amiga
de quien no se separa.
CAR. Y se llama?..
EDU. Albertina.
CAR. (Pues señor, no lo entiendo!)
EDU. El diantre de la niña
nos quiere volver locos.
CAR. Sin duda. (Como haria... (*mira el relo.*)
faltan ocho minutos!)
Eduardo?
EDU. Qué querias?
CAR. Te parece salgamos?
La tarde nos convida.
EDU. Como gustes.
CAR. Entonces
voy por la ropa limpia
y me visto, y me arreglo
á las mil maravillas;
me esperas en tu casa,
quieres?
EDU. Qué tonteria!
Para qué? Aquí te espero.
CAR. Es que... ¡Virgen Santisima! (*oyendo al tio.*)
El tio! Pues ya escampa.
Vaya, hombre, date prisa.

ESCENA XXIV.

Dichos, y el BARON.

BAR. Vuelvo de mi convite.
Loado sea Dios,
sin aguardar los postres,
mirando que el reló
iba á marcar las cuatro,
me despido, y veloz
como una diligencia
cuando entra en poblacion,
me dirijo á mi casa
y ya contento estoy,
qué este es mi centro, amigos;
toda mi obligacion
es cuidar de mi niña,
mi consuelo, mi amor,
y despues de los bienes
que han de ser en su pró;
demas de esto, está Carlos
y no fuerá razon...
CAR. (Aunque no hubieras vuelto
no hacias falta, nó.)
BAR. Conque se va á paseo,
D. Eduardo?
EDU. Si, voy
con este buen amigo
que está hecho un ababol;
conque piensas vestirte?
CAR. Déjame por favor.
(Las cuatro van á dar!..
como echar á los dos?)
BAR. Si, si, que en este tiempo
se pone pronto el sol. (*dan las cuatro dentro.*)
CAR. (Las cuatro! Llegó la hora,
y qué hago? Esto es atroz!)
BAR. Y á donde piensan ir
ustedes?

EDU. Qué sé yo?
Hoy iremos al Prado.
BAR. Lleno estará el salon.
CAR. (Ya verá el compromiso
en que me encuentro. Oh!
no hay remedio... yo parto
y todo se acabo.)
Aqui, querido tio,
en esta habitacion,
una muger existe
imágen del candor,
que adoro con delirio
y no es ponderacion.
Ni sé cómo se llama,
ni quién es; pero yo
lo he de saber muy pronto
que cesó su rigor.
BAR. Carlos, qué es esto? Ignoro...
dame una esplicacion...
EDU. Qué haces, Cárlos? Que dices?..
CAR. Si amigo, apareció
esa mano invisible,
oculta, superior
que hace tantos prodijios
que inesplicables son.
BAR. Prodigios? Qué me dices?
(Este el juicio perdió!)
CAR. Y esta misma, señores,
vi con admiracion,
que con este billete
el talisman me dió. (*lo saca del bolsillo.*)
por el cual...
EDU. Una llave!...
CAR. Hallará el corazon
ese ser sobrehumano
que con dolor perdió.
EDU. Cómo?
CAR. De esta manera.
BAR. Veamos.
CAR. Atencion!...
(*abre el guardaropa y aparece Elisa.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, ELISA *y despues* ALBERTINA.

BAR. Mi hija!
CAR. Su hija de usted!!.
BAR. Es claro, de que te admiras?
EDU. Estamos frescos.
CAR. Y la otra?
BAR. Qué otra?
CAR. Esta Señorita
(*viendo salir à Albertina.*)
no es su hija de usted?
BAR. Mil gracias!
Pues me place la noticia
como hay Dios!!.
CAR. (*á Eduardo.*) Entiendes algo
de este embolismo?
EDU. (*á Carlos.*) Ni pizca.
CAR. Elisa, espliqueme usted. (*á Albertina.*)
BAR. Espliquese usted, Albertina. (*á id.*)
CAR. Qué, no es Elisa esta joven?
BAR. No, esta joven es Elisa; (*señalándola.*)
habla, hija mia, y sepamos
la solucion de este enigma.
ELI. Por una casualidad
conocí en Andalucia
á Carlos, sin que supiéramos
él ni yó que nos unian
vinculos de parentesco
y afecciones de familia.
Me declaró que me amaba,
pero estando prometida
mi mano ya, reusé
el amor que me ofrecia;
llega á casa, le conozco,
y hallando ocasion propicia
de averiguar si aun me quiere,
echo mano de la intriga,
y conseguido mi intento
demando perdon sumisa
de una falta, que si es falta,
la es del amor y no mia.
CAR. Ah! ya lo comprendo todo. (*gozoso.*)
BAR. Pues yo de esa retahila
tan solo he sacado en limpio
una cosa, que la niña
te quiere.
CAR. Y es lo bastante
para que haga usted su dicha
y la mia, concediéndome
su mano.
BAR. Pues concedida
la tienes.
CAR. Oh! soy dichoso!
ELI. (Bailando estoy de alegria!)
BAR. Pasados un par de meses,
que es lo que se necesita
para arreglar el asunto
con la madurez debida,
se efectuará vuestra boda,
y que de salud os sirva,
CAR. Eduardo será el padrino.
ELI. Y Albertina la madrina.
EDU. Acepto.
ALB. Con mucho gusto.
BAR. Los dos vienen de perilla...
EDU. Carlos, y tu juramento
de no dividir con prima
tu tálamo?
CAR. No repara
quien ama en cosas tan nimias.
Ademas, tengo razones
para pensar de distinta
manera.
EDU. Cuáles? Veamos...
CAR. Los ojos de la primita.
EDU. Amor vogó viento en popa.
CAR. Pero inquieto...
ELI. Un temor...
EDU. Cuál?
ELI. Si pareció bien ó mal
La dama en el guardaropa.

FIN.

MADRID: 1848.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA

Calle del Duque de Alba, n. 13.